

## Noam Chomsky Los intelectuales y el Estado (1977)

Esta conferencia Huizinga fue leída en Leiden en diciembre de 1977. Se publicó como folleto en inglés y en traducción holandesa: *Intelectuales and the State* (Baarn, the Netherlands: by Internationale, Het Wereldvenster, 1978), y fue republicada en la revista *Freedom* (Gran Bretaña), 15 de abril de 1978. Se dieron extractos en EE UU bajo el título de "El clero secular: los intelectuales y el poder norteamericano The Secular Priesthood: Intelectuales and American Power," *Working Papers* (mayo - junio de 1979), y varias veces, en inglés y en traducciones. Se reeditó en el libro de Noam Chomsky, *Towards a New Cold War: Essays on the Current Crisis and How We Got There*, 1982. [<http://www.ditext.com/chomsky/is.html>]

Tomé la versión castellana de los *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n° 61-62, enero – abril de 1979, con correcciones (quitando numerosos comentarios atribuidos al autor y dando las citas exactas de Bakunin y Pannekoek) y con las notas (que no estaban) a partir de mis dos antologías de Chomsky en francés “*N. Chomsky écrits politiques 1977-1983*” de 1984 y “*Noam Chomsky Perspectives politiques*” de 2007.

Chomsky demuestra apoyándose en Bakunin cómo la clase dirigente usa los intelectuales para fabricar un consenso popular a su explotación, su supervivencia y su expansión. Chomsky enseña también la profunda identidad entre las propagandas imperialistas y la prostitución para el Poder y por agarrar poder de los intelectuales, de los periodistas y otros falsificadores de la Información.

Para mí, el texto es una respuesta a dos interrogantes:

¿Por qué los oprimidos votan a favor de sus opresores? (por el opio de la propaganda de los medios en las democracias capitalistas, siendo el objetivo descerebrar),

¿Qué libertades tenemos realmente en una democracia capitalista? (Si empezamos a tener cierto impacto, se multiplican las presiones para descerebrar más rápido).

Frank Mintz, noviembre de 2008

Dos son las cuestiones fundamentales que quisiera abordar en estas observaciones, la primera un tanto abstracta y la segunda más de actualidad.

Me gustaría primero plantear el papel que a menudo tienden a jugar los intelectuales en la sociedad industrial moderna. El tema se conoce por lo menos desde el affaire Dreyfus, cuando el término “intelectual” entró a formar parte del lenguaje corriente para designar a un grupo de intelectuales comprometidos que tomaron una posición importante ante una sentencia de Justicia. Y en este contexto, me gustaría comentar el compromiso de los intelectuales estadounidenses en las batallas ideológicas de la primera guerra mundial. En aquel entonces un grupo de prominentes intelectuales liberales, formado por John Dewey, Walter Lippman y otros, se denominaron una nueva clase comprometida por primera vez en encausar a la intelectualidad al proyecto de política nacional.

Y en segundo término me voy a ocupar de las contribuciones actuales de la “*nueva clase*”, en particular, su aporte a la construcción de un marco moral e ideológico adecuado a las tareas del Estado norteamericano en la “era pos vietnamita”. Me propongo enseñar que algunos rasgos llamativos de la ideología contemporánea se pueden comprender de acuerdo a los términos de la exposición preliminar de índole general.

Antes de empezar, haré algunas observaciones. En la segunda parte de esta conferencia me concentraré sobre Estados Unidos, en parte porque es lo que mejor conozco, pero también por su influencia predominante en los problemas internacionales desde el fin de la segunda guerra mundial. Pero bastante de lo que tengo que decir se aplica directamente, creo yo, a las demás democracias industriales. Además, por faltar el tiempo, voy a pasar por alto muchos matices importantes dando trazos generales sin las múltiples justificaciones complejas, de modo a intentar aislar algunos “casos ideales” que puedan servirnos para sistematizar y facilitar más nuestra visión de fenómenos más complicados, como se hace por ejemplo en las ciencias de la naturaleza. Aunque este empeño no esté exento de riesgos, es imprescindible si queremos superar una especie de “historia natural” para alcanzar lo que hay detrás de toda una serie confusa de acontecimientos, acciones y declaraciones. Por fin, deberé dejar de lado - muy a pesar mío - la documentación necesaria para la demostración que sólo voy a esbozar. Intenté hacerlo en algunos artículos o libros.

¿Cuál es el rol característico de la intelectualidad en nuestra sociedad industrial moderna? Existe un análisis clásico de esta cuestión en las obras de Bakunin, hace casi un siglo. Bakunin fue el primero, que yo sepa, en acuñar ese término de “nueva clase” para referirse a quienes iban a dominar el conocimiento del control técnico. En una serie de análisis y predicciones, que tal vez puedan considerarse entre los más notables de las ciencias sociales, Bakunin afirmaba que esa “nueva clase” procuraría convertir su acceso al saber en poder sobre la vida social y económica. Y ella querría crear “*el reino de la inteligencia científica, el más aristocrático, despótico, arrogante y desdeñoso de todos los regímenes. Habrá una nueva clase, una nueva jerarquía de científicos auténticos y falsos, y el mundo será dividido entre una minoría dominante en nombre del saber y una inmensa mayoría ignorante. ¡Qué buena atención para la masa de ignorantes!*”<sup>1</sup>.

Si bien él era un entregado socialista, Bakunin no resguardó el movimiento socialista de la fuerza de su crítica: “*Confiar la organización y gobierno de la sociedad a sabios socialistas - escribió- sería el peor de los regímenes despóticos*”<sup>2</sup>. Los dirigentes del partido comunista se esforzarán por “*libertar a su modo. Centralizarán las riendas del poder en manos sólidas, porque el pueblo ignorante exige una tutela muy enérgica; fundarán un solo banco de Estado concentrando en sus manos toda la producción comercial, industrial, agrícola y hasta científica y repartirán la masa del pueblo en dos ejércitos: uno industrial y otro agrícola, bajo el comando directo de los ingenieros del Estado que formarán la nueva casta privilegiada político científica*”<sup>3</sup>. “*En realidad sería para el proletariado un régimen militar*”<sup>4</sup> bajo el control de una burocracia roja. Pero, es seguramente, “*una herejía contra el sentido común y contra la experiencia histórica*” creer que “*un grupo de individuos, incluso los más inteligentes y bienintencionados, sean capaces de encarnar el pensamiento, el alma, la voluntad dirigente y unificadora del movimiento revolucionario y de la organización económica del proletariado de todos los países*”<sup>5</sup>. De hecho, “*esa minoría sabia que pretende expresar la voluntad del pueblo*” gobernará “*la ficción de esa pretendida representación del pueblo*” que servirá a ocultar “*el hecho real de la administración de las masas populares por un puñado insignificante de privilegiados elegidos o no [...]*”<sup>6</sup>.

Como en el capitalismo liberal, esta clase se desenvuelva con el incremento de la centralización estatal mientras el “pueblo soberano” será sometido “*a la minoría intelectual que lo gobierna, que pretende representarlo y que infaliblemente le explota*”<sup>7</sup>. “*Al pueblo -escribía también Bakunin-, no le será mejor en absoluto si el palo que le pega lleva el nombre del palo del pueblo*”<sup>8</sup>. En este sistema de gobierno evolutivo - Estado socialista o Estado capitalista - los “*astutos y los cultos*”<sup>9</sup>, alcanzarían privilegios mientras “*la masa uniformizada de los trabajadores y trabajadoras se despertaría, se dormiría, trabajaría y viviría al compás del tambor*”<sup>10</sup>.

Un siglo más tarde, la nueva clase de Bakunin se ha convertido en un aspecto amenazador de la realidad. Existe, en efecto, la centralización del Estado en la sociedad capitalista, paralela y vinculada siempre estrechamente a la centralización de la propiedad y el control de las instituciones económicas que constituyen las principales condiciones fundamentales de la vida social. A inicios del siglo XX se daba ya en los Estados Unidos una estrecha interacción entre la propiedad privada y el control por un lado y los programas universitarios centrados en la tecnología y el malajamiento

---

<sup>1</sup> Las citas de Bakunin son sacadas de *Bakunin on anarchy* (New-York, Knopf, 1972) de Sam Dolgoff; también se puede consultar la excelente selección de Arthur Lenning *Michael Bakunin, Selected Writings*, Jonathan Cape, 1973. [En la medida de lo posible, busqué el original en francés o en ruso de Bakunin, como para esta cita *Ecrits contra Marx*, 1872, “*Oeuvres complètes*”, Champ Libre, III, p. 204] (NDT).

<sup>2</sup> *Ídem*, o. c.

<sup>3</sup> *Estatismo y Anarquía* 1873, p. 213 Buenos Aires, 2004; Madrid, 1986, p. 262 [corregido con el texto ruso] (NDT).

<sup>4</sup> *Lettre a la Liberté*, 1872, “*Oeuvres complètes*”, Champ Libre, III.

<sup>5</sup> *Ídem*, o. c., p. 365.

<sup>6</sup> *Estatismo y Anarquía*, o. c., p. 162; o. c., pp. 211-212 [corregido con el texto ruso] (NDT).

<sup>7</sup> *Ídem*, o. c., p. 18; p. 66.

<sup>8</sup> *Ídem*, o. c., p. 31; o. c., p. 79.

<sup>9</sup> *Lettre a la Liberté*, 1872, o. c.

<sup>10</sup> *Ídem*.

industrial por otro, un desarrollo estudiado en un libro reciente de David Noble <sup>11</sup>. Y en tiempos más recientes se ha registrado un creciente incremento de la intelectualidad técnica en las universidades, gobierno, fundaciones, dirección empresarial, grandes oficinas jurídicas, que representan importantes intereses del capitalismo privado y, en general, otro incremento en toda la intrincada red de la planificación y del control sociales. Esos portavoces de la nueva clase no se cansan nunca de decirnos que es el pueblo el que gobierna, ocultando la realidad del poder. Los auténticos o falsos hombres de ciencia son responsables personalmente de atrocidades sin número y de legitimar muchas otras, sin dejar de blandir el palo del pueblo.

No necesito insistir en la interpretación de Bakunin de la burocracia roja cuando ha logrado centralizar en sus manos el poder del Estado, aupándose al poder con la ola de los movimientos populares, tras desmantelarlos y al final destruirlos.

A este respecto tengo que mencionar los penetrantes estudios del científico marxista neerlandés Anton Pannekoek. A fines de los 1930 y luego bajo la ocupación alemana, habló del “*objetivo de clase que debe proponerse la clase de los intelectuales, con su importancia creciente en el proceso de producción, [...] a saber, una producción para el consumo bajo la dirección de expertos técnicos y económicos*” <sup>12</sup>. Esos ideales, subrayó Pannekoek, han sido compartidos por la intelectualidad de los países capitalistas y por los intelectuales comunistas, cuyo objetivo es “*llevar al poder, con la potencia de la clase trabajadora que dirige, a una capa de dirigentes e intelectuales que realizaría en seguida la socialización, o sea la producción planificada, mediante el poder del Estado*” <sup>13</sup>. Estos intelectuales desarrollan la teoría que “*una minoría capaz, enérgica y dotada de talento surge de una mayoría incapaz, torpe y lenta*” <sup>14</sup>. Su natural ideología social es una versión del socialismo de Estado, “*un plan para reconstruir la sociedad sobre la base de una clase trabajadora tal como la clase media la ve y conoce bajo el capitalismo*” <sup>15</sup>, instrumentos de producción sumisos e incapaces de una decisión racional-. Para esta mentalidad “*un sistema económico en que los trabajadores mismos sean dueños y líderes de su trabajo, es idéntico para el pensamiento de la clase media a la anarquía y el caos*” <sup>16</sup>. Pero el socialismo de Estado, tal como lo conciben los intelectuales, es “*un plan de organización social [...] totalmente distinto de aquel en que los productores disponen realmente de su producción*” <sup>17</sup>, y el verdadero socialismo es un sistema en el que los trabajadores son “*dueños de las fábricas, dueños de su propio trabajo, para poder orientarlo a su voluntad*” <sup>18</sup>.

El advenimiento de una nueva clase de intelectualidad científica ha sido objeto de largas discusiones por parte de analistas occidentales de la “sociedad postindustrial”, si bien con una actitud muy diferente frente al fenómeno descrito; así, por ejemplo, por un Daniel Bell, que cree que “todo el complejo de prestigio social y status ha de echar raíces en las comunidades intelectuales y científicas” <sup>19</sup>, o por un John Kenneth Galbraith, que afirma que “*el poder en la vida económica pasó de su antigua asociación a la posesión de la tierra a la del capital y luego, recientemente, a una mezcla de conocimientos y capacidades que implican la estructura técnica*” <sup>20</sup>. Ambos expresan sus grandes

---

<sup>11</sup> David Noble *America by design*, New York, Knopf, 1977.

<sup>12</sup> Anton Pannekoek *Lenin, filósofo*, Madrid, 1976, p. 150, traducción revisada: el [...] corresponde a “desde el momento en que asume una actitud crítica frente al capitalismo privado” que aparece en la cita de la versión inglesa que usó Chomsky, (NDT).

<sup>13</sup> *Ídem*, (NDT).

<sup>14</sup> Anton Pannekoek *Los consejos obreros*, Buenos Aires, 1976, p. 90, (NDT).

<sup>15</sup> *O.c.*, p. 85.

<sup>16</sup> *O.c.*, p. 90.

<sup>17</sup> *O.c.*, p. 90.

<sup>18</sup> *O.c.*, p. 90.

<sup>19</sup> Daniel Bell “Notes on the post-industrial society” (I) en *The public interest* (Winter 1967). Continúa escribiendo: “La dominación en la nueva sociedad se asentará no en los hombres de negocio o las empresas como las conocemos (porque buena parte de la producción será una rutina), sino en las empresas de investigación, los laboratorios industriales, los centros de experimentación y las universidades. De hecho la estructura de la nueva sociedad ya es visible.” Sin duda para alguno, pero no para mí.

<sup>20</sup> John K. Galbraith *The new industrial state* Boston, HoughtonMifflin, 1967.

esperanzas de que la “nueva capa de hombres de ciencia y educadores”, la nueva clase de Bakunin, gobierne en nombre del conocimiento. Pero he de recalcar que Pannekoek no sacaba la conclusión, puesto que la intelectualidad técnica toma decisiones en nombre de otros en una democracia capitalista, que por lo tanto detenta el poder.

Se puede notar, me parece, una cierta convergencia, por lo menos en este plano, entre la sociedad llamada “socialista” y la capitalista. Lenin proclamó en 1918 que “la supeditación incondicional a una voluntad única es absolutamente necesaria para el buen éxito de los procesos del trabajo, organizado al estilo de la gran industria mecanizada. [...La] revolución, en beneficio precisamente de su desarrollo y robustecimiento, en beneficio del socialismo, exige la supeditación incondicional de las masas a la voluntad única de los dirigentes del proceso de trabajo. [Subrayado en el original ...]; Así pues, no existe absolutamente ninguna contradicción de principio entre la democracia soviética (es decir, socialista) y el ejercicio del poder dictatorial por ciertas personas”<sup>21</sup>. Y dos años después escribió: “El paso a un trabajo práctico está ligado a la autoridad individual. Es el sistema que garantiza la mejor utilización de los recursos humanos”<sup>22</sup>.

Veamos, a título comparativo, la siguiente declaración: “La toma de decisiones vitales, en especial en materia política, debe permanecer en la cúpula. Dios – en contra de lo que propagan los comentaristas comunistas- es a todas luces demócrata. El distribuye el poder de la inteligencia entre todos, pero espera con razón que hagamos un uso eficiente y constructivo de ese obsequio inestimable. Es todo lo que representan la dirección y el management. Su medio es la capacidad humana y su cometido primordial es velar por el cambio. Es la puerta por la que los cambios sociales, políticos, económicos, tecnológicos, el cambio auténtico en todas sus dimensiones, es racionalmente distribuido por toda la sociedad [...] la verdadera amenaza contra la democracia no es demasiada dirección, sino demasiado poca. Estar en una realidad inferior a las posibilidades humanas no significa la libertad. Es simplemente dejar que otras fuerzas que las racionales forjen la realidad [...] si no es la razón la que regula a los hombres, se caen por impotencia”.

En suma, la razón reclama la sumisión a una dirección centralizada, que representa la verdadera democracia, la realización de la democracia. Excepto la referencia a Dios, sería difícil determinar si esta cita es de Lenin o, como es el caso - de Robert McNamara, ejemplo típico de la capa científica y culta de una democracia capitalista<sup>23</sup>.

También se ha recurrido a la ciencia para explicar la necesidad de someterse a la dirección de esa gente culta que Isaiah Berlin ha denominado “clero secular”. Edward Thorndike, por ejemplo, uno de los fundadores de la psicología experimental y persona con gran influencia entre los académicos estadounidenses, proclamó solemnemente en 1939 el siguiente gran descubrimiento: “Ha sido una gran suerte para la humanidad que exista una sustancial relación positiva entre inteligencia y moral, incluyendo aquí la buena voluntad para con el prójimo. Por consiguiente, nuestros superiores en talentos son por lo general nuestros benefactores, y por eso suele ser más seguro confiarles a ellos nuestros asuntos que a nosotros mismos. No es posible esperar de ningún grupo humano que obre al cien por cien por los intereses de la humanidad, pero este grupo de los más capacitados ha de acercarse a ese ideal.”<sup>24</sup>.

Antes ya había explicado que “el argumento en favor de la democracia no es que dé el poder a los hombres sin distinción, sino que dé más libertad para que con el talento y el carácter se alcance el poder, lo que vemos repetidas veces.”

Pensemos en qué significa esto en una democracia capitalista. Un complejo de características tiende a incrementar riqueza y poder (tampoco es malo tener padres ricos), incluido el poder político,

---

<sup>21</sup> Lenin *Las tareas inmediatas del poder soviético*, 1918, Moscú, *Obras escogidas*, tomo 2, [HTTP://LENINIST.BIZ/ES/1978/LOE2EP/ABC-X](http://LENINIST.BIZ/ES/1978/LOE2EP/ABC-X) (NDT).

<sup>22</sup> Maurice Brinton *Los bolcheviques y el control obrero 1917 – 1921* (1970), [http://www.geocities.com/cica\\_web/otros/indice.htm](http://www.geocities.com/cica_web/otros/indice.htm), p. 58, (NDT).

<sup>23</sup> Robert Mc Namara *The essence of security*, NewYork, Harper&Row, 1968.

<sup>24</sup> Citado por Clarence J. Karier, “Testing for order and control in the corporate liberal state” en la revista *Educational Theory*, vol. 22, nº2 (Spring 1972). Para el uso del término "clero secular" en Berlin, ver "The bent twig" en *Foreign Affairs* (octubre 1972). El contexto sugiere que piensa sobre todo en la intelectualidad servil de las sociedades estatales socialistas, un empleo justo pero insuficientemente generalizado. [El fin de la nota viene de *Towards a new Cold War*, 1982, p. 406].

que están en estrecha relación con el éxito en la economía privada. Esta acumulación de características - una cierta combinación de avaricia, de falta de escrúpulos por sus semejantes, de energía y de determinación, cierto tipo de habilidad, etc.- es “lo más próximo al ideal”, y la democracia permite a la gente con esas dotes que escalen el poder, lo cual es bueno, porque son nuestros benefactores, dada la correlación entre inteligencia y moral.

Supongamos que añadamos el aserto corriente de que es importante para mucha gente justificar la meritocracia y por igual buena parte de la teoría económica. “*La gente sólo trabaja por una recompensa, el estado natural del hombre es vegetar*”. De ahí que el talento debe ser recompensado para el bien de todos, porque si no, aquellos dotados de inteligencia y moral (recuérdese la correlación) no se esforzarían por actuar como benefactores nuestros. El mensaje, para la gran masa de la población, es directo: “*Se está mejor cuando se es pobre, aceptar la impotencia y la pobreza es el bien*”. Se puede observar la importancia de esta lección cuando fracasan las otras técnicas de control social, como la de la promesa del crecimiento sin fin que ha servido mucho tiempo para inducir a la conformidad y obediencia.

El clero secular se ha dado cuenta de que la democracia plantea algunos problemas para la realización de dominio de la razón, de forma que todo el mundo se someta de buen grado a sus benefactores. Uno de los problemas es que en una democracia se haga oír la voz del pueblo. Es necesario por consiguiente dar con medios que aseguren que la voz del pueblo diga las palabras convenientes. Este problema fue planteado en un interesante ensayo del conocido estadista Harold Lasswell, publicado a inicios de los 1930<sup>25</sup>. Escribió que el auge de la democracia - o lo que él llamaba “*el desplazamiento de los cultos por la afirmación democrática [...] complicaba el problema de conseguir una acción concertada*”, un problema ya advertido por los “*autores militares*”. La generalización de la enseñanza “*no liberó las masas de su ignorancia y superstición, sino que adulteró el carácter de una y otra, lo que acarreó el desarrollo de toda una nueva técnica de control, en gran parte basada sobre la propaganda*”. Con la democracia, “*la propaganda alcanza un rango eminente como uno de los medios de movilización de las masas más cómodo que la violencia, la corrupción y otras técnicas posibles de control*”. La propaganda, explica el autor, “*como mera herramienta no es más moral o inmoral que la manivela de una bomba de agua*.” Puede ser usada para el bien o el mal. “*La propaganda va a permanecer; de ella depende en gran medida el mundo moderno, a fin de coordinar los componentes atomizados en tiempos de crisis y llevar a efecto operaciones “normales” a gran escala*.” Es “*cierto que la propaganda va a ser vista en el futuro con menos recelo*”. Y señala que “*la concepción moderna de la gestión pública está profundamente influida por el enfoque propagandístico*” en su tarea de lograr “*acciones colectivas con fines de carácter público*”. El punto de vista propagandístico respeta la individualidad, pero “*este respeto por el individuo de la masa no está basado en cierto dogmatismo democrático de que la gente opina mejor sobre sus propios intereses [...] El propagandista moderno, como el moderno psicólogo, reconoce que la gente suele tener una idea errónea de sus propios intereses [...] Con respecto a estos ajustes que requieren acciones masivas, la misión del propagandista consiste en idear fines y símbolos que cumplan con la doble función de facilitar la adaptación y la adaptación*”. La Administración debe cultivar “*la sensibilidad sobre aquellas concentraciones de motivos que son implícitas y disponibles para movilizar rápidamente cuando se manifiesta el símbolo adecuado*”. El moderno propagandista “*es capaz y deseoso de aplicar los métodos de observación y de análisis científicos a los procesos de la sociedad*” y “*dirigir su chispa creativa sobre objetivos a largo plazo hacia la acción*”, puesto que al crear símbolos no es “*un charlatán sino un promotor de actos claros*”.

Se podría inferir que no se plantea ningún problema moral cuando una dictadura benévola manipula al “hombre de la masa” con formas apropiadas de propaganda. Esta idea leninista es una doctrina típica de la nueva clase y un ejemplo de la convergencia de que hablaba antes (ver la nota 39).

---

<sup>25</sup> Harold D. Lasswell “Propaganda” en *Encyclopedia of the Social Sciences*, Vol. 12 (New York, Macmillan, 1933).

De hecho, en una democracia capitalista, la manivela de la bomba de agua la accionarán en general los que controlan la economía y no es nada sorprendente que éstos hayan comprendido enteramente el mensaje, en especial los de la industria de las “relaciones públicas”, que floreció siempre desde que demostrara su eficiencia con el potencial de adoctrinamiento durante la primera guerra mundial. Las relaciones públicas nos enseña un célebre vocero de la industria, James Salvage, “no es más que la producción en masa de buenas maneras personales y de una buena moral”<sup>26</sup>. Y así se ha desplegado un gran esfuerzo para asegurar a los estadounidenses de que poseen ambas cosas, tal como lo definieron nuestros benefactores.

La figura rectora en el terreno de las relaciones públicas, Edward Bernays, ha dicho cosas interesantes<sup>27</sup>. “Los líderes [...] de organizaciones importantes [...] con ayuda de técnicos [...] que se han especializado en el consumo de medios de comunicación, han logrado [...] científicamente, lo que hemos denominado la “ingeniería del consentimiento””, nos explica en los *Annals of American Academy of Political and Social Science* en 1947, en un periodo en que por parte del gobierno y de la industria se desencadenó una vasta campaña de propaganda que desde entonces no ha aflojado. El término *ingeniería del consentimiento*<sup>28</sup>, prosigue Bernays, “significa muy simplemente, la aplicación de los principios científicos y de las probadas prácticas al objeto de conseguir que las gentes sustenten determinadas ideas y programas [...]. La ingeniería del consentimiento es la verdadera esencia del proceso democrático, la libertad de persuadir y sugerir [...]. Un dirigente no puede esperar muchas veces a que la gente llegue a comprender de una manera equilibrada y generalizada [...] los dirigentes democráticos deben, pues, contribuir por su parte a [...] esa obra de ingeniería [...] del consentimiento a favor de valores y fines socialmente constructivos”.

¿Quién detenta esa libertad de persuadir y sugerir que es la esencia del proceso democrático? Por supuesto, no se reparte a todos por igual -ni se debería, dada la correlación entre inteligencia y moral-. Una estimación de cómo se distribuye esta libertad de persuadir se ve en el periódico más autorizado del mundo de los negocios, *Fortune*, en el que, en 1947, se afirmó que “casi la mitad del contenido de los mejores periódicos consiste en anuncios publicitarios; y casi el contenido- entero de los periódicos menores [...] son directa o indirectamente la obra de los “departments” (léase oficinas de relaciones públicas)”. La redacción del portavoz financiero exponía luego el punto de vista, ahora conocido, de que “tan imposible es imaginar una auténtica democracia sin su ciencia de persuasión como concebir un Estado totalitario sin coerción”<sup>29</sup>. El adoctrinamiento es para la democracia como la coerción para la dictadura, claro, siempre que el palo con que se vapulea al pueblo se llame “el palo del pueblo”, con eso basta.

Con semejantes visiones empezamos a captar mejor uno de los más importantes roles de la intelectualidad en la democracia capitalista. Al contrario de las ilusiones de los teóricos de la sociedad postindustrial, el poder no se desplaza para ir a parar a sus manos; si bien no hay que subestimar la importancia de la corriente de fuerzas en forma de personal preparado que afluye de las universidades al gobierno y a las empresas desde hace varias décadas. Pero la tarea más importante de los intelectuales es mantener el control ideológico. En este sentido son, en términos de Gramsci, “*expertos en la legitimación*”. Ellos tienen que procurar que las creencias queden bien inculcadas, creencias que sirven los intereses de quienes detentan objetivamente el poder, fundado en definitiva en el control del capital en las sociedades de Estado capitalista. La intelectualidad bien educada es la que acciona la manivela de la bomba de agua y dirige la movilización de las masas de un modo que,

---

<sup>26</sup> James P. Selvage “Selling the private enterprise system” en *Vital speeches of the day*, noviembre de 1942.

<sup>27</sup> Ver a Alex Carey “Reshaping the truth: pragmatists and propagandists in America” en *Meanjin Quarterly*, (Australia), vol. 35, n°4 1976; Carey y Truda Kroeber *Propaganda and Democracy in America* (de próxima publicación).

<sup>28</sup> Ver a Carey *o.c.*, para la discusión de su papel. Y también Thomas P. McCann *An American company*, New York, Crow, 1976. Ver así mismo *Towards a new Cold War*, p. 378 n° 42.

<sup>29</sup> Antes, Walter Lippmann había escrito sobre “la elaboración del consenso”, un arte que “es susceptible de grandes finuras que desembocan en una “revolución” en “la práctica de la democracia”, que es “infinitamente más significativa que cualquier cambio del poder económico”, porque “la persuasión se ha convertido en un arte consciente y un órgano regular del gobierno popular”, *Public Opinion*, Londres, 1932, p. 248; el original se publicó en 1921.

como observaba Lasswell, resulta más económico que la violencia, o la corruptela y mucho más acorde a la imagen de la democracia.

Hasta aquí sólo he hablado de aquellos a los que a veces se les llama “intelectuales responsables”, que se asocian ellos mismos al poder externo, o intentan compartirlo o conquistarlo. Hay también los que combaten el poder, que se esfuerzan por ponerle límites, por minarlo o disolverlo, para facilitar el camino para una democracia eficiente que, a mi parecer, ha de responder a los principios fundamentales expuestos por Anton Pannekoek. Existe un análisis revelador de estos diferentes papeles en una importante publicación de la Comisión Trilateral, organización privada de élites de Estados Unidos, de Europa occidental y de Japón fundada a iniciativa de David Rockefeller en 1973, que tuvo cierto impacto cuando sus miembros se apoderaron de los cargos de presidente, vicepresidente, asesor de la Seguridad Nacional, secretarios de Estado, de Defensa y de Finanzas y un montón de otros puestos menores en las últimas elecciones presidenciales estadounidenses de 1976.

Este estudio, titulado *The Crisis of Democracy*, es obra de universitarios de las tres regiones de la Comisión Trilateral. La crisis de la democracia a que se refieren proviene del hecho de que, en los años 60, algunos sectores de las masas normalmente mansas de la población empezaron a movilizarse políticamente y a presionar por sus reivindicaciones, con lo que se creó una crisis, dado que tales reivindicaciones, naturalmente, no se podían alcanzar, o al menos sin una redistribución sustancial de las riquezas y del poder, lo que no es concebible. Los universitarios trilaterales exigen, por lo tanto, con toda lógica, más “*moderación a la democracia*”.

Esta lección es similar a la que nos brindaba, para el Tercer Mundo, otro distinguido investigador político, Ithiel de Sola Pool, quien explicaba, en 1967, que en Congo, en Vietnam y en la República Dominicana, es evidente que el orden depende de cómo obligar las capas de población recién movilizadas a volver a la pasividad y al derrotismo despertado por el proceso de modernización. Al menos provisionalmente, el mantenimiento del orden requiere “*una baja de las aspiraciones recién adquiridas y del nivel de la actividad política*”. Ya no se trata aquí de un mero dogma, sino de lo que “*hemos aprendido en los treinta años pasados con un intenso estudio empírico de las sociedades contemporáneas*”<sup>30</sup>. Los universitarios de la Trilateral proponen, esencialmente, que se aplique también la misma lección al mundo industrial capitalista.

Otros precedentes se nos vuelven enseguida a la memoria, por ejemplo las actitudes medievales para con el tercer estado. Las virtudes que dan prestigio a las capas inferiores de los franceses son “*la diligencia y la humildad, el obedecimiento al rey y la docilidad para acatar los deseos de los señores*” como lo define Huizinga con una cita de Chastellain<sup>31</sup>. De modo paralelo, en la periferia subdesarrollada de la civilización moderna, se debe restablecer el estado natural de pasividad y derrotismo. Y en nuestro mundo, en la versión de democracia expuesta por los teóricos de la Trilateral, la gente de a pie puede hacer peticiones al Estado, pero con moderación. Es inútil para esos universitarios destacar que los otros grupos sociales, bastante mejor colocados, no van a disminuir sus propias solicitudes, si bien el contribuyente estadounidense puede recordar, acaso con una nostalgia perceptible, que antes de la crisis de la democracia, “*Truman fue capaz de gobernar el país con la cooperación de un número bastante reducido de juristas y banqueros de Wall Street*,” un clima feliz al que podemos regresar si la gente de a pie deja su indecente barullo.

Es en este contexto donde la Comisión Trilateral se dirige a la intelectualidad que, según su propio análisis, se clasifica en dos categorías conocidas: 1) los “*intelectuales tecnócratas y con orientación política*”, responsables, serios y constructivos; 2) los “*intelectuales orientados por valores*”, grupo siniestro que constituye un grave peligro para la democracia puesto que “*se consagran a la tarea de oponerse al liderazgo, desafiar a la autoridad, desenmascarar y deslegitimar las instituciones consagradas*” hasta ser los responsables del “*adoctrinamiento de la juventud*”, sembrando la confusión y la insatisfacción en las cabezas de la gente.

---

<sup>30</sup> Citado por Carey, o.c.

<sup>31</sup> M.J. Crozier, S.P. Huntington y J. Watanuki *The crisis of democracy: report on the governability of democracies to the Trilateral Commission*, New York, New York university press, 1975.

Al hablar de nuestros enemigos, despreciamos los intelectuales tecnócratas y con orientación política llamándoles “comisarios” o *apparatchiks*, y valoramos a los intelectuales orientados por valores como “disidentes democráticos”. Pero en el país, se invierten los valores. Se buscan medios para controlar a los intelectuales orientados por valores para que sobreviva la democracia, y los ciudadanos sean reducidos a la apatía y a la obediencia que les corresponde, y a los comisarios se les deja ejercer su seria labor de la dirección de la sociedad. Del trasfondo intelectual de todo esto va hemos hablado.

Es notable que el término “por valores” se refiera a quienes contestan la estructura de la autoridad, con la implicación de que es impropio, ofensivo y peligroso guiarse con valores como la verdad y la honestidad: los universitarios de la Trilateral en ningún momento intentan demostrar que los intelectuales por valores, a quienes tanto temen y desprecian, están equivocados o fuera de camino en sus conclusiones. Es llamativo que la sumisión al Estado y sus doctrinas no se considere como “un valor”, sino simplemente como un cometido natural de la intelectualidad, o por lo menos de sus más visibles representantes.

Al principio aludí a los partidarios de Dreyfus y al grupo de intelectuales liberales estadounidenses que durante la primera guerra mundial se sumaron al Estado. Me parece correcto tomar estos dos grupos como las primeras variantes de esas dos categorías de intelectuales que señala el estudio de la Comisión Trilateral.

Aquellos intelectuales que denunciaron la injusticia del Estado en el caso Dreyfus no dominaban en absoluto la vida intelectual francesa, como nos lo recuerda en un reciente trabajo H. F. Wesseling<sup>32</sup>. Representan los “intelectuales por valores”, que son siempre una prueba para sus colegas más recatados.

Miremos, en oposición, al grupo de los liberales pragmáticos del círculo de John Dewey durante la primera guerra mundial<sup>33</sup>. En diciembre de 1916, el redactor en jefe de la *New Republic* le escribió al principal asesor del presidente Wilson, el coronel House, que el más ferviente deseo del grupo era “apoyar al presidente en su labor” y “ser los fieles y serviciales intérpretes de lo que parece ser una de las más grandes empresas jamás emprendidas por un presidente estadounidense”. En aquel momento Wilson defendía “una paz sin victoria”, pero unos meses después, una victoria sin paz. Su primordial empresa era orientar a una nación dividida hacia la guerra europea. Los intelectuales demostraron ser los fieles y serviciales intérpretes de esa gran empresa. Según su propio juicio, no exagerado sin duda alguna, “la labor eficiente y decisiva en favor de la guerra fue llevada a cabo por [...] una clase que de manera general y aproximativa puede definirse como la de los “intelectuales”” (*New Republic*, 17 de abril de 1917). La nación entró en guerra “por la influencia de un veredicto moral adoptado tras una enorme deliberación entre los miembros más reflexivos de la sociedad”, el clero secular, los intelectuales tecnócratas y con orientación política, los comisarios. Este último término es de hecho más apropiado. Las técnicas de propaganda descritas por otros intelectuales, fueron desarrolladas y aplicadas con mucho éxito en la primera guerra mundial, acarreado poco después el auge espectacular de las relaciones públicas, si bien he de añadir, en honor de la precisión, que “los miembros más reflexivos de la sociedad” no fueron menos víctimas de la muy eficaz máquina de propaganda británica, con su fabricación de “atrocidades de los hunos [teutones], puesto que eran suministradores de propaganda bélica de modo a (según sus propios términos) “imponer su voluntad a una mayoría reacia o indiferente”.

Sería justo alabar a la BBC por devolver la amabilidad en octubre y noviembre de 1977 con su presentación en el Tercer programa de una serie titulada “*Many Reasons Why: The American Involvement in Vietnam*”<sup>34</sup> [Las muchas razones de la intervención de Estados Unidos]. Demostrando su gusto por la simetría, la BBC preparó una descripción que es una delicia para los servicios de propaganda estadounidenses, así como para los miembros más reflexivos de la comunidad intelectual estadounidense, una caricia para hombres como sir Gilbert Parker, jefe de la

---

<sup>32</sup> Ithiel Pool “The public and the polity” en Pool *Contemporary political science: towards empirical theory*, New York: Graw-Hill, 1967.

<sup>33</sup> Huizinga *Le déclin du Moyen-Age*, petite bibliothèque Payot, p.62, (NDT).

<sup>34</sup> Henk L. Wesseling “Reluctant crusaders: French intellectual and the Dreyfus Affair” en *Stanford French Review* (Winter 1977).



sección estadounidense de la oficina de propaganda británica en la primera guerra mundial, capaz de regodearse de “*la penetración de la influencia británica en la prensa norteamericana*”<sup>35</sup> en sus informes secretos al gabinete británico.

Los servicios prestados al Estado por las profesiones académicas durante la primera guerra mundial se exponen en un reciente libro de Carol S. Gruber<sup>36</sup>. Los historiadores eran particularmente deseosos de ser movilizados. Un grupo de historiadores fundó la Comisión Nacional de Servicios Históricos [NBHS] “*para poner en aplicación de modo útil, en esta situación de emergencia, la inteligencia y las capacidades de los historiadores del país*”, como lo escribió uno de ellos (A. C. McLaughlin) en el *The Dial* de mayo de 1917. Uno de los fundadores de la NBHS, Frederic L. Paxson, describió más tarde esta actividad como “*fabricación histórica que explica los problemas de guerra como siendo mejor ganarla*”, un primer ejemplo de la “*fabricación del consenso*”. También se movilizó la prensa. Un estudio de la NBHS sobre la prensa alemana llegaba a la conclusión de que “*la cooperación voluntaria de los editores de la prensa de Estados Unidos daba por resultado una más efectiva estandarización de la información y de los argumentos presentados al público estadounidense que en Alemania bajo el control militar estricto oficial*”. La principal comisión gubernamental (la Comisión Creel), fundada para dirigir la propaganda de guerra, se valió con eficiencia de los universitarios estadounidenses. Entre sus realizaciones había el folleto titulado *The German-Bolshevik Conspiracy* [la conspiración germano bolchevique], con el empleo de documentos generalmente considerados como falsificaciones en Europa (y demostrados como tales cuarenta años más tarde por George Kennan), para “demostrar” que los bolcheviques eran agentes pagados por la Plana Mayor alemana, que los auxilió en el plano material para llegar al poder. Años más tarde también, los historiadores aducían la “fabricación histórica” en la guerra frente a la amenaza bolchevique. En su discurso presidencial en la American Historical Association [asociación histórica estadounidense] de 1949, Conyers Read explicó: “*Debemos asumir claramente una actitud militante, si queremos sobrevivir [...] La disciplina es el requisito esencial de todo ejército eficaz, tanto si avanza bajo la bandera de las rayas y las estrellas norteamericana como bajo la de la hoz y el martillo soviética [...]. La guerra total, que sea caliente o fría, alista a todos y pide a todos que cumplan su papel. El historiador no está más exento de esta obligación que el físico [...] Esto puede parecer la defensa de una forma control social contra otra. De hecho, es así*”.

Esta larga y triste parte de la historia fue recorrida en una importante monografía por Jesse Lemisch<sup>37</sup>.

No todos los universitarios que prestaron sus servicios durante la primera guerra mundial fueron aplaudidos. Thorstein Veblen, por ejemplo, “preparó un informe demostrando que el déficit de mano de obra campesina en el Oeste Medio podría paliarse poniendo fin al acoso y a la persecución de los afiliados a la central sindical Obreros Industriales del Mundo (IWW)”, escribe Carol Gruber, pero “*Veblen y su asistente fueron echados por sus esfuerzos*” de su puesto de experto estadístico del Ministerio de Alimentación.

También entonces hubo “*intelectuales por valores*” que no vieron la luz [capitalista]. Randolph Bourne es el caso más conocido. Podemos recordar que fue echado de *New Republic* y de sus funciones de redactor en jefe en el *The Dial* por John Dewey, una indicación del descontento provocado por la crítica penetrante de Bourne contra los intelectuales liberales que estaban trabajando para vender la guerra, a favor, de acuerdo a Bourne, de “*un programa oportunista de socialismo de Estado en el país*”, con el clero secular en el mando, “*y una liga de naciones imperialistas benefactoras en el extranjero*”.

Clarence Karier observa que John Dewey tenía en gran desprecio a los “*pacifistas*”, quienes, según sus palabras, “*malgastaban sus potencias, en vez de invertirlos, oponiéndose tan*

---

<sup>35</sup> Henk L. Wesseling *Ibidem*.

<sup>36</sup> Las citas a continuación son de Clarence Karier en “*Making the World Safe for Democracy*” en *Educational Theory*, vol. 27, n°1 (Winter 1977).

<sup>37</sup> Ver H.C. Peterson *Propaganda for war: the campaign against American neutrality*, Norman, University of Oklahoma Press, 1939. Para una discusión de la necesidad de la intelectualidad y su precipitación “en sumarse a una causa que estaba intelectualmente de moda, como “lo repetía, con la apariencia de la sabiduría,” el material preparado para ella por los servicios de la propaganda británica, cuando en oposición a la aceptación fácil de los jefes norteamericanos, había el pacifismo terco de la gran masa de la gente.”

vigorosamente a la intervención” en la guerra, en lugar de obrar para objetivos alcanzables en el marco del creciente consenso chovinista (julio de 1917). En un discusión más abstracta de la “violencia y la coerción”, Dewey expresó su opinión que si los pacifistas: “*pudieran cambiar su discurso de la intrínseca inmoralidad del uso de la fuerza coercitiva, por la relativa ineficiencia y estupidez de los métodos existentes del uso de la fuerza, sus buenas intenciones serían más fructíferas*”. Y seguía explicando Dewey: “*La sensiblería ante la violencia no es un signo de idealismo, sino de moral demente [...]. El criterio válido reside en la eficiencia relativa y la economía de coste de la fuerza usada como medio para alcanzar un fin. Con el adelanto de del conocimiento, el uso refinado, sutil e indirecto de la fuerza está sustituyendo siempre los métodos groseros, visibles y directos de aplicación de la misma. Esta es la explicación del sentimiento común contra el uso de la fuerza. Lo que se experimenta como brutal, violento e inmoral es el empleo de medios físicos, que son enormes, escandalosos y evidentes de por sí, en casos en que es posible emplear con gran economía y menos gastos medios que resultan imperceptibles y refinados*”.

Su punto de vista global es que: “*La única cuestión que se puede plantear sobre la justificación de la fuerza es la eficiencia comparable y la limitación de su uso*”<sup>38</sup>. Lo escribió en abril de 1916. Un juicio sobrio, pragmático que escuchamos luego en otros contextos, sin las explicaciones de Dewey.

No es sorprendente que Dewey pensó que la guerra había aportado valiosas enseñanzas al respecto. Escribió: “*La única cosa grande que la guerra realizó, a mi parecer, de modo permanente, es la consolidación de una lección psicológica y educativa [...] La guerra dejó demostrado ahora que los seres humanos pueden tener el control de los asuntos humanos y dirigirlos, ver un fin que se ha de alcanzar, una intención que realizar, y prepararse de modo deliberado e inteligente organizando los medios, los recursos y los métodos para lograr esos resultados*”. Ahora que se aprendió la lección: “*La cuestión real que se nos plantea es discernir claramente si los hombres inteligentes de la comunidad están realmente dispuestos a cumplir un orden social mejor organizado*”<sup>39</sup>. La guerra reveló las posibilidades de una administración inteligente, y ahora recae en los hombres inteligentes de la comunidad la responsabilidad de agarrar esa oportunidad, organizando esa inteligencia para diseñar un Estado capitalista con un orden social más amable, con un uso limitado y refinado de la fuerza en el cumplimiento de fines sociales deseables.

Hasta aquí me he dedicado al primero de mis dos temas: el papel de los intelectuales, enfocando el rol de comisario frente al disidente, la orientación tecnócrata frente al intelectual con valores humanos. Y ahora quisiera aplicar esas observaciones al mundo contemporáneo. Sin embargo, es necesario exponer algunos comentarios generales sobre cómo veo esa etapa.

Los Estados Unidos terminaron la segunda guerra mundial con una riqueza y un poder sin igual. Naturalmente, el poder del Estado fue empleado para edificar un orden internacional - extendido, si bien no total - que pudiera satisfacer las necesidades de los dueños de la economía interior. Es igualmente natural que estas cosas no se lean en la mayor parte de los libros de historia, aunque los hechos principales están, me parece, bien establecidos y expuestos con claridad en la prensa económica<sup>40</sup>.

---

<sup>38</sup> Carol S. Gruber *Mars and Minerva: World War I and the uses of the Higher Learning in America*, Baton Rouge, Louisiana Press, 1975. Ver también la descripción de la Comisión Creel (más bien favorable) de Stephen L. Vaughn *Holdong fast the the Inner Lines*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980.

<sup>39</sup> Jesse Lemisch *On Active Service in War and Peace: politics and Ideology in the American Historical Professions*, Toronto, New Hogtown Press, 1975 Lemisch cita otra evocación reveladora de la necesidad de la fabricación del consenso del historiador Thomas A. Bailley en 1948: “Puesto que las masas son como se sabe miopes y no pueden en general ver el peligro, excepto cuando les amenaza, nuestros estadistas deben engañarlas para tomen conciencia de sus intereses a largo plazo. Engañar al pueblo puede resultar cada vez más necesario, si queremos dar a nuestros jefes en Washington más iniciativas.” El mismo Lemisch fue excluido de la universidad de Chicago por “la intervención de sus convicciones políticas en su enseñanza.” Sobrarían los comentarios de quienes no fueron sometidos a este interesante juicio.

<sup>40</sup> Comparar la crítica de Robert Keohane de los asertos de Richard Barnet sobre “la noción ingenua que las fuerzas militares de Estados Unidos son necesariamente una fuente de ruptura y conflicto”; “las enseñanzas reales de la guerra de Vietnam” eran, al contrario, “que el poder militar sólo tiene una utilidad limitada y no se debería emplear para combatir el cambio social revolucionario”, “el uso de la fuerza militar debería limitarse

En términos generales, la empresa global de la posguerra ha sido un éxito clamoroso, si bien con bajones, siendo el más dramático en el sudeste asiático. En el curso de una “guerra limitada”, que resultó bastante cara, el poder estadounidense declinó un tanto en relación con sus competidores industriales. Una de las más importantes tareas del Estado y de sus propagandistas fue y sigue siendo reconstruir el orden interior y exterior que, con los sangrientos sucesos en Indochina, quedó un tanto dañado, si bien nunca socavado. Voy a concentrarme tan sólo en la reconstrucción del sistema ideológico, por ser éste el campo de operaciones de la intelectualidad; las tareas más centrales se delegan a otros.

En los Estados Unidos, la versión dominante del “*White Man's Burden*” [El cargo pesado del hombre blanco], ha sido la doctrina, cuidadosamente cultivada por la intelectualidad, de que los Estados Unidos de América, única potencia entre las de la historia moderna, no se deja guiar en los asuntos internacionales por el interés material de los que detentan el poder en la nación, sino que camina sin objetivo, con reacciones a iniciativas ajenas, mientras continúa acatando principios morales abstractos: los principios de Wilson de libertad y autodeterminación, democracia, igualdad, etc. Una discrepancia sobre esta responsabilidad se desarrolla en un amplio espectro: en un extremo están los que alaban a los Estados Unidos por su benevolencia única; en el otro tenemos a los críticos “realistas”, George Kennan y Hans Morgenthau, por ejemplo, que deploran la ingenuidad de la política estadounidense y creen que no tendríamos que ser tan obsesivamente moralistas, sino perseguir el interés nacional de un modo racional.

La labor de los críticos realistas da la visión más honda de la ideología dominante y revela de forma dramática el grado de su penetración. Al principio de los años 60, Hans Morgenthau, en una línea cercana a salirse de la crítica responsable que, es su mérito, la rebasó unos años después, pudo escribir que Estados Unidos tienen un “fin trascendente”, a saber: “*el establecimiento de la igualdad en la libertad dentro de Norteamérica*”, y por cierto por el mundo, puesto que “*el escenario en que Estados Unidos han de defender y promover su finalidad, ha pasado a ser mundial [...] Estados Unidos se han convertido en la Roma y la Atenas del mundo occidental, la base de su orden legítimo y la fuente de su cultura*”; si bien, “*Norteamérica no lo sabe*”<sup>41</sup>.

Por supuesto, Morgenthau reconoce ciertos fallos dentro y fuera del país - en Centroamérica y en Filipinas, por ejemplo -. Pero ataca a los críticos que apelan a un vasto pasado histórico para negar ese “fin trascendente” de EE UU y afirman que Norteamérica no es muy distinto de cualquier otra potencia, lo que se presenta (pero no en Morgenthau) como “*crítica radical*”, una elección de palabras reveladora. Tales críticos, según Morgenthau, son víctimas de un simple error de lógica: “*Razonar así es confundir la deformación de la realidad con la realidad misma*”. Es un “objetivo nacional” no cumplido, revelado por “*la evidencia de la historia tal como nuestra mente la refleja*”, que es la realidad; y el pasado histórico propiamente es sencillamente una deformación de la realidad.

Las connotaciones teológicas son evidentes y Morgenthau no las ignora. Observa que los críticos que confunden el mundo existente con la realidad caen en “*el error del ateísmo, que niega la validez de la religión por razones parecidas*”. El comentario es adecuado. Hay en efecto algo de veras religioso en ese fervor con que los intelectuales estadounidenses responsables han intentado negar hechos sencillos y reforzar sus dogmas sobre la benevolencia estadounidense, versión actual de la “*misión civilizadora*”.

Pero las doctrinas de la religión de Estado no pudieron sobrevivir a la guerra de Vietnam, al menos en una gran parte de la población. El resultado fue una crisis ideológica. Las bases

---

cuidadosa y estrechamente para ser eficaz.” Así sacan enseñanzas del fracaso en Vietnam. *New York Review*, 6-11-1980.

<sup>41</sup> En la discusión del proyecto de ciencia social de Dewey para apuntar a integrar socialmente a la comunidad polaco norteamericana de acuerdo a las grandes líneas que encontraba adecuadas (“un precursor de las operaciones de uso de los cerebros en que los intelectuales liberales se comprometieron en el siglo XX”), afirma Karier que Dewey concebía la democracia como “un proceso por el que la minoría inteligente puede ser mayoritaria por su influencia”, una doctrina corriente de la nueva clase.

institucionales para la repetida intervención contrarrevolucionaria de los años de la posguerra quedaron inalteradas. Pero el sistema doctrinal que sirvió para ganar el favor del pueblo en favor de la cruzada contra un desarrollo independiente se derrumbó. Y el problema del día es volverlo a edificar. Es un problema serio, porque la intervención imperial acarrea costes tanto materiales como morales que ha de sufragar la población. Voy a dar ahora un breve resumen de algunos métodos con los que ha intentado abordar este problema el clero secular.

La primera tarea consiste en reescribir la historia de la guerra de los Estados Unidos en Vietnam. Es fácil dado que la prensa y los académicos se atuvieron contantemente a la historia mítica exigida, lo que voy a cuestionar.

Una tarea más difícil es atribuir la responsabilidad moral de la guerra a sus víctimas. Parece una empresa estéril, como si los nazis buscaran criticar a los judíos por los crematorios. Pero sin desalentarse, los propagandistas estadounidenses prosiguen sus esfuerzos y con algunos éxitos. Las cosas han llegado hasta el punto que un presidente norteamericano puede aparecer en la televisión nacional y declarar que no tenemos “*deuda alguna*” para con los vietnamitas porque “*las destrucciones fueron recíprocas*”<sup>42</sup>. Y no hay un suspiro de protesta ante esa declaración monstruosa, digna de Hitler o Stalin, pronunciada cortésmente en medio de un discurso sobre los derechos humanos. No sólo no tenemos deuda por haber asesinado, destruido y arrasado en Vietnam, sino que ahora tomamos distancia y censuramos a los vietnamitas con celo religioso por morirse de enfermedades y desnutrición, lamentando su crueldad. Y eso cuando mueren a centenares al intentar desactivar explosivos en sus campos, asolados por la violencia del Estado norteamericano. Y nos torcemos las manos con fingido horror cuando quienes pudieron resistir los asaltos norteamericanos - por tanto los individuos más fuertes y duros- acuden a la opresión y a veces a la violencia masiva, o caen en soluciones a problemas materiales que ya no conoce la historia occidental acaso desde la Peste Negra de la Edad Media.

La única cuestión no resuelta es la de los cuerpos de los pilotos desaparecidos, sin hablar de la responsabilidad estadounidense de ayudar a reconstruir lo que destruyó, si es aún posible. Peor aún, nos oponemos a que otros les ayuden. India quiso enviar al Vietnam cien búfalos como auxilio para sustituir la cabaña diezmada por el terror estadounidense, una necesidad para sobrevivir para esa economía agrícola primitiva. Ese limitado donativo tuvo que enviarse a través de la Cruz Roja para soslayar el castigo norteamericano, en ese caso la cancelación del programa de ayuda *Food for Peace* [Comida por la paz]<sup>43</sup>. En Indochina los mismos campesinos tienen que tirar del arado porque los animales de tiro desaparecieron con los bombardeos estadounidenses. Y el *Washington Post*, que ocultó y apoyó la agresión, publica fotos de aldeanos camboyanos tirando del arado como ejemplo de “*atrocidades comunistas*”. De hecho, las fotos en este caso son probables falsificaciones del servicio secreto de Tailandia, tan malas que hasta la prensa derechista tailandesa editada en inglés las había rechazado -si bien la prensa europea fue menos exigente en ese plano. El *Post* lo sabía, así como las fuentes falsificadoras, pero rechazó publicar una carta con informaciones que la redacción conocía, no dándolas al público ni retractándose, un pequeño ejemplo de la corriente de desinformación que invade la prensa estadounidense (de hecho occidental) en lo que concierne el Vietnam de la posguerra. Buena parte de eso está documentado<sup>44</sup> y no lo voy a retomar. El punto crucial es el carácter realmente obsceno de ese intento de echarles la culpa a las víctimas, de negar la responsabilidad de Estados Unidos y el éxito espectacular de esa campaña; y peor aún, la negativa a una responsabilidad elemental y a una propuesta de reparaciones masivas para ayudar a sobrepasar las destrucciones.

Otra tarea de la intelectualidad es reducir las “*lecciones de la guerra*” a los términos más limitados posibles. Tampoco es muy difícil, dado que los intelectuales siempre tendieron a construir enfoques prescindiendo de principios. Hay un estudio de un sociólogo de la Universidad de Columbia, Charles Kadushin, que brinda una buena serie de visiones de los hechos, bastante

---

<sup>42</sup> Para un ejemplo, ver *Towards a new Cold War*, p. 106 y la introducción de la misma obra para una más amplia discusión del contexto histórico.

<sup>43</sup> Hans J. Morgenthau *The Purpose of American Politics*, New York, Vintage, 1964, reprint de la edición de 1960, con una nueva introducción de diciembre de 1963.

<sup>44</sup> “News Conference”, 24-3-1977; reproducido en el *New York Times*, 25-3-1977.

diferentes de lo que generalmente se cree aceptable <sup>45</sup>. Investigó las actitudes de un grupo que llama “*la élite intelectual estadounidense*”, en 1970, en el pico de la oposición activa contra la guerra, cuando los “colleges” y universidades estaban clausurados en señal de protesta contra la invasión de Camboya y las manifestaciones se multiplicaban por todo el país. Gran parte del estudio cubre la guerra en Vietnam. La “*élite intelectual*” se opuso a la guerra, casi sin ninguna excepción. Pero las razones de su oposición merecen una gran atención. Kadushin distingue tres categorías de oposición, que llamó motivos “ideológicos”, “morales” y “pragmáticos”. Por oposición a la guerra por razones “ideológicas” incluye la creencia de que la agresión es un error, aun si viene de Estados Unidos. La oposición por razones “morales” se basa en las muertes y las atrocidades: la guerra es demasiado sangrienta. La oposición “pragmática” se funda en el sentimiento de que no podemos terminar con la guerra. Es demasiado costosa; la empresa ha de liquidarse por no ser ya rentable <sup>46</sup>.

Hay en este análisis dos puntos de interés. El primero, la misma terminología. No hay duda alguna de que el grupo estudiado habría sido unánime en deplorar la agresión rusa contra Checoslovaquia. Pero, ¿por qué motivos? No por “pragmáticos”, dado que fue muy exitosa y no muy costosa. Ni por “morales”, porque no hubo muchas bajas. Más bien por “ideológicos”, o sea, por razones tales como que la agresión es un error, aun siendo relativamente incruenta, económica y victoriosa. Pero, ¿lo podemos definir como objeción “ideológica”? Desde luego que no. Sólo en el caso en que alguien desafíe el divino derecho de Estados Unidos a intervenir con la fuerza en los asuntos internos de otros países se invocan términos siniestros como el de “ideológico”.

De mayor interés, sin embargo, es la distribución de las respuestas. La oposición por razones “ideológicas” a una agresión aparece muy escasa. Más han sido las por razones “morales”. Pero la arrolladora mayoría de objeciones fue “pragmática”. Hay que recordar que este sondeo fue hecho en los momentos cumbre de la oposición popular contra la guerra, cuando, contrariamente a la “*élite intelectual*”, una gran parte de las masas sin lavado de cerebro se había rebelado contra la guerra por razones de principio, e incluso llegando a actuar por sus convicciones, para horror de las almas sensibles que ahora explican que su sentido de la ironía y las complejidades de la historia les apartaron de tan vulgar espectáculo. En cuanto al estudio en sí, supongo que una investigación similar en la Alemania de 1944 tal vez hubiese arrojado los mismos resultados.

Semejante actitud se revela también en el debate sobre la “*amnistía*” de los objetores de conciencia. Los más generosos creen que se les debe absolver de sus delitos, mientras que otros se oponen firmemente y piden al menos un castigo. Que la verdadera cuestión sea conceder la “*amnistía*” a los que dirigieron la guerra, o a la “*claque*” de intelectuales que la apoyó hasta que resultó demasiado costosa, es una observación que rebasa con mucho la “*responsabilidad*” dentro del sistema doctrinal de este país. Es creencia general que los objetores de conciencia y el movimiento estudiantil en su conjunto se oponían a la guerra por miedo. No querían enfrentarse con los horrores de la guerra. En realidad, la iniciativa principal en la resistencia estadounidense, de envergadura y carácter sin precedentes, la tomaron jóvenes que podían soslayar fácilmente la movilización –no muy difícil en ese periodo para los grupos privilegiados-, pero que optaron por arrostrar un gran riesgo, largo encarcelamiento o el destierro, simplemente por compromiso moral. Los mismos comentarios se suelen hacer a los desertores y a los resistentes de las clases no privilegiadas. La opinión dominante según la cual la oposición estudiantil a la guerra se hundió con el fin del servicio militar, por consoladora que sea para los ideólogos, también es falsa. De hecho, algunos elementos más “*politizados*” del movimiento estudiantil, habían llegado a la conclusión (tonta, para mí) de que la oposición contra la guerra era relativamente de poca importancia, muchos antes del fin de la conscripción. Y la oposición de las masas contra la guerra era un exacto reflejo de la implicación abierta estadounidense, independientemente del servicio militar obligatorio. Pero el sistema ideológico no puede tolerar el hecho de que exista una oposición por principios contra la guerra,

---

<sup>45</sup> Ver Nayan Chanda “New Delhi wants to offer help” en *Far Eastern Economic Review*, 25-2-77; ver también *Towards a new Cold War*, pp. 26-28.

<sup>46</sup> Ver Chomsky y Edward S. Herman *The political economy of Human Rights*, vol. 2, Boston, South End Press, 1979.

principalmente impulsada por los jóvenes, con gran coraje y convicción y efectividad considerable. Por eso es necesario pretender que la oposición seria y de convicciones la dirijan los intelectuales sobrios y los políticos heroicos, “*los miembros reflexivos de la comunidad*”, que como sus predecesores, tomaban una decisión “*tras profundas deliberaciones*”, y actuaban con rapidez para restaurar el rumbo de la política nacional.

Reescribir esta historia merece también seria atención, más de la que le doy aquí. Para poner un solo ejemplo, tenemos el *New Republic* del 10 de diciembre de 1977, que sigue siendo más o menos el diario oficial de la intelectualidad liberal. El editorial, titulado “La década Mc Carthy”, es una loa a Eugene Mc Carthy, que “*cambió el paisaje de la policía estadounidense*” al retar a Lyndon Johnson en la campaña presidencial de 1968. La campaña Mc Carthy, comentan los editorialistas, “*introdujo en el sistema político de hombres y mujeres educados en la disidencia*” y aportó “*una corriente de imprevisible idealismo*” en la vida política norte americana. “*La consecuencia más obvia de la campaña Mc Carthy ha sido la terminación de la guerra en el Vietnam*”, dado que Mc Carthy y “*su equipo crearon el consenso de la necesidad de acabar esa guerra.*” Los editorialistas citan con deferencia la declaración de John Kenneth Galbraith en el programa antes aludido de la BBC en que dice que McCarthy es “*el hombre que más que ningún otro ha hecho méritos en el empeño de poner fin a nuestra intervención en la guerra*”, encomiando a McCarthy por su modestia en rechazar la toga de héroe. McCarthy, concluyen, “*afirma que ningún presidente creará ya jamás poder llevar una guerra sin tener en cuenta el juicio moral del pueblo.*”

Comparemos este análisis con los hechos. A fines de 1967, el movimiento popular de masa contra la guerra había tomado una envergadura notable. Su gran éxito consistió en que el gobierno fue incapaz de declarar la movilización nacional. Los gastos de guerra estaban ocultados, contribuyendo a una crisis económica que, en 1968, condujo a que conocidos directivos empresariales y círculos conservadores insistieran en limitar los esfuerzos para reprimir a los vietnamitas. Los *Pentagon Papers* revelan que hacia fines de 1967 la extensión y el carácter de la oposición popular preocupaban fuertemente a los estrategas<sup>47</sup>. La ofensiva del Tet que poco después socavó las afirmaciones propagandísticas del gobierno aumentó esos temores. En un memorándum del Ministerio de Defensa se expresaba la inquietud de que un aumento del nivel bélico acarrearía una “*mayor resistencia contra el servicio militar y un creciente descontento en las ciudades*”, con el riesgo de “*provocar una crisis interior de proporciones incalculables*”. Las manifestaciones masivas populares y la desobediencia civil constituían una importante preocupación, tanto que los jefes de Estado Mayor contemplaron si había “*suficientes fuerzas aún disponibles para el control del orden*” en caso de mandar más tropas para aplastar a los vietnamitas.

El incremento imprevisto de las protestas y de la resistencia fue en gran parte sin líderes y espontáneo. Se verificó en un trasfondo de considerable hostilidad de los medios y del sistema político, con actos ocasionales de violencia y disturbios. Se distinguieron activistas con hondo compromiso -Dave Dellinger, por ejemplo- que obró con incansable entrega para impulsar y organizar al público a que se opusiera a la agresión estadounidense, con sus crecientes e incluso más visibles atrocidades. Algunos, como Benjamin Spock, dieron su apoyo a los jóvenes resistentes y unos pocos hasta se sumaron a ellos. Por ejemplo, el padre Daniel Berrigan, presentó “*nuestras excusas, estimados amigos, por perturbar el orden, por quemar papel en vez de quemar niños*”, cuando él y seis activistas destruyeron convocatorias militares en Catonsville, Maryland. Pero uno en vano buscaría la contribución de Eugene McCarthy a “*la creación de un consenso*” contra la guerra o para incitar a la oposición a la misma. En el difícil período inicial no pasó siquiera del nivel de lo insignificante. Hubo unas cuantas figuras políticas -Ernest Gruening y Wayne Morse- que condenaron la escalada de la guerra estadounidense. McCarthy no se adhirió jamás a ellos.

Después de la ofensiva del Tet de enero de 1968, se admitía en general que Estados Unidos debía pasar a más “*capital intensivo*”, apoyándose en la tecnología antes que en los hombres. El cuerpo expedicionario estadounidense empezó a colapsar. El mando norteamericano empezaba a aprender una enseñanza habitual de la guerra colonial: no se le puede confiar a un ejército de ciudadanos el cumplimiento de atrocidades inevitables, una guerra así corresponde a asesinos

---

<sup>47</sup> Charles Kadushin *The American intellectual elite*, Boston, Little Brown, 1974.

profesionales. Después de 1968 se prolongó la guerra todavía siete largos años, con actos de barbarie y más masacres indescriptibles, como la operación *Speedy Express*<sup>48</sup>, en el delta del Mekong en 1969. La resistencia popular en EE UU alcanzó su punto culminante al principio de los 1970, y siguió, a pesar de los esfuerzos de la prensa por silenciar las iniciativas de Washington, hasta el verdadero fin. Tampoco a través de todo este período se oyó ni el soplo de Eugene McCarthy.

¿Por qué, pues, haber incluido a McCarthy al panteón liberal? La razón es simple. Su breve aparición en 1968 simboliza bastante bien la oposición a la guerra por parte de la intelectualidad liberal. Aprovechando hasta adquirir una importancia nacional la ola de la oposición de las masas, McCarthy se alejó silenciosamente tras su fracaso para ser nombrado en la convención de los demócratas en agosto de 1968 en Chicago. McCarthy logró brevemente desviar energías populares hacia fines políticos y estuvo a punto de alcanzar un poder político explotando las fuerzas de un movimiento en cuya movilización no tuvo papel alguno en absoluto. Su cinismo total se puso de manifiesto con su conducta después de haber perdido las elecciones. De tener un mínimo de seriedad, habría usado su innmerecido prestigio de “portavoz” del movimiento pacifista, que había explotado como un sinvergüenza, para presionar por el fin de la guerra. Pero poco se oyó de la boca de McCarthy, que con su silencio demostró que se preocupaba muy poco por el fin de la guerra así como lo hizo por sus jóvenes seguidores apaleados por las agresiones policiales en las calles de Chicago cuando él intentaba ganar como candidato demócrata gracias a los esfuerzos de dichos jóvenes. En una palabra, McCarthy es la persona adecuada para una canonización por la intelectualidad liberal.

Las actitudes generales de este grupo se destacan en el material ahora publicado sobre las “lecciones de la guerra”. Para citar sólo uno de los numerosos ejemplos, el conocido especialista de asuntos asiáticos Edwin Reischauer, de Harvard, escribió: “La verdadera lección de la guerra de Vietnam es el tremendo costo de la tentativa de control del destino de un país sud asiático contra las distintas corrientes nacionalistas. El sudeste asiático no se abre de modo sencillo a un control externo con un precio que sería una propuesta factible para cualquier poder exterior.”<sup>49</sup>

La consecuencia evidente es que si el costo fuera inferior, el esfuerzo por imponer un “control externo” sería del todo legítimo, de ejercerlo EE UU, obviamente no de parte de China o Rusia. Dicho brevemente, EE UU son un caso único. Las obligaciones de la Carta de las Naciones Unidas, aunque formen parte de “la ley suprema del país”, no son aplicables a un Estado entregado con tanto desinterés y honra a los principios de Wilson de libertad e independencia.

Reischauer se pone así a repetir esas célebres fantasías sobre los orígenes de la intervención estadounidense con la idea habitual de que Ho Chi Minh era “un simple agente avanzado” del comunismo internacional unificado. Para ese autor, “la tragedia de la intervención de EE UU en Vietnam es que esa imagen nunca fue realmente correcta”, y no las consecuencias de esa “intervención” para el pueblo de Indochina, una tragedia menor. Como es habitual, él prefiere pasar por alto los archivos de documentación sustancial que demuestran que los estrategas eran perfectamente conscientes de la orientación nacionalista del Viet Min, y que habían decidido la intervención, buscando con fervor desde hacía tiempo, sin éxito, una prueba que justificase esa decisión: que Ho Chi Minh era una marioneta de fuerzas extranjeras. La documentación es totalmente inaceptable, y por eso eliminada de los archivos de los especialistas serenos. “Error” e “ignorancia” son, sin embargo, categorías socialmente neutrales y están a la disposición de los críticos del clero secular.

Estos ejemplos ilustran algunos temas generales bastante importantes de la propaganda e intelectualidad. En una sociedad totalitaria, los mecanismos de adoctrinamiento son simples y transparentes. El Estado determina la verdad oficial. Los intelectuales tecnócratas y políticamente orientados sirven de portavoces de la doctrina oficial, fácil de reconocer. De modo curioso, esa

---

<sup>48</sup> Para más referencias, ver mi libro *For Reasons of State*, New York, Pantheon, 1973, p. 25.

<sup>49</sup> Ver el capítulo especial en *Économie politique des droits de l'homme*, 1, de Chomsky et E.S. Herman, éd. J.E. Hallier-Albin Michel, 1981, (NDT).

práctica libera las mentes. En su fuero interno, al final, cada uno identifica el mensaje de la propaganda y lo rechaza. La expresión abierta de tal rechazo entraña un riesgo; la importancia del riesgo y su extensión dependen sólo del tipo de violencia del Estado.

En una democracia capitalista, la situación es considerablemente más compleja. La prensa y los intelectuales son considerados ferozmente independientes, híper críticos, hostiles al “establishment” y contrarios al Estado <sup>50</sup>. Los analistas de la Trilateral, por ejemplo, describen la prensa como una nueva fuente de poder nacional, peligrosamente opuesta a la autoridad estatal. La realidad es un tanto distinta. De verdad existe la crítica, pero una mirada atenta indica que se queda dentro de límites estrechos. Los principios fundamentales del sistema de propaganda del Estado son asumidos por los críticos. Al contrario del sistema totalitario, el aparato de propaganda no establece una posición que todos deben cumplir, o que algunos pueden rechazar a título personal. Antes, el aparato de propaganda busca determinar y limitar el espectro entero del pensamiento: a un extremo la doctrina oficial y al otro la postura oral de sus más extremos adversarios. Dentro de todo el espectro se insinúan las mismas nociones fundamentales, si bien se expresan raramente. Se las da por supuestas, pero no se afirman. De acuerdo a la prensa, los halcones y las palomas comparten el respeto del principio fundamental no confesado que EE UU tienen el legítimo derecho de valerse de

---

<sup>50</sup> Edwin S. Reischauer “Back to Normalcy” en *Foreign Policy* (Fall 1975). Reischauer suele ser considerado como una paloma para Vietnam, y con razón, dada la acepción general del término. El colega de Reischauer en Harvard, John K. Fairbank, sin duda el sinólogo más distinguido en Estados Unidos, tomó una postura más fuerte y más consecuente contra la guerra norteamericana, y fue uno de los pocos universitarios que alentó a los jóvenes disidentes, y es todo un mérito. Sus propios análisis, sin embargo, encajan del todo en la ideología general, lo que muestra a las claras la estrechez del margen de opinión tolerada en los círculos universitarios norteamericanos (si bien se puede encontrar unas pocas excepciones). Así en su alocución como presidente, en diciembre de 1968, en la Sociedad Histórica Norteamericana, que tendía a criticar la política extranjera de Estados Unidos, caracterizaba la guerra de Indochina con esos términos: es “una época en que extendemos demasiado nuestro poder político en desastres en el extranjero, como Vietnam, principalmente por exceso de rectitud y benevolencia desinteresada”; en “Assignment for the 70’s”, *American Historical Review*, vol.74. n° 3, febrero 1969.

Más tarde en una discusión de la “causa de nuestro fracaso” en Vietnam, Fairbank explica que un factor “fue la ausencia en nuestra mente de una comprensión histórica de la Revolución vietnamita moderna. Gradualmente, pero ya demasiado tarde, hemos empezado a darnos cuenta de que era una revolución inspirada en el sentimiento nacionalista, revestido de la ideología comunista aplicada a las necesidades de Vietnam [...] El resultado fue que en nombre del anticomunismo, tan confuso como podía serlo el término en 1965, estuvimos participando de una acción antinacionalista”. Un grave “error”, entre otros: “Nuestro rol de defensa del Sur después de 1965 fue primero considerado como equivalente a nuestra defensa de Corea del Sur, quince años antes. La meta era también adelantarse a una expansión del comunismo chino en el Sur. [...] Con una visión tan poco apropiada de nuestro rol en el escenario político, tuvimos muchas dificultades para convencernos a nosotros mismos que había un objetivo válido para este esfuerzo.”

Se pueden hacer tres comentarios a este análisis. Primero, a propósito de las afirmaciones factuales: los estrategas políticos sabían perfectamente a fines de los 1940 que estaban combatiendo a las fuerzas del nacionalismo vietnamita; nuestro esfuerzo anticomunista apenas comenzó en 1965; es absurdo decir que defendíamos al “ Sur ” después de 1965, muy al contrario estábamos en guerra contra una sociedad rural que incluía gran parte del Sur; y no hay pruebas que Estados Unidos pensaban que “se adelantaban frente a una expansión del comunismo chino en el Sur; si bien esta afirmación sea evocada con naturalidad en la propaganda soviética de tomar la delantera frente a una agresión occidental en Afganistán. Luego, en cuanto al nivel moral de la presentación: “¿se pueden describir exactamente nuestros actos con los sencillos términos de “fracasos“, “errores“, resultado de una débil comprensión de la historia? ¿Consistiría únicamente el problema en el hecho de que los hermanos Bundy y Rostow no tuvieron buenas clases en la facultad de historia vietnamita? ¿O acaso no hay palabras más fuertes para eso? Por fin, hay que comentar el lugar y el momento de esas declaraciones, que aparecen en “Newsletter” de la *Harvard Graduate Society for Advanced Study and Research* (junio de 1975) bajo el título de “Nuestra tragedia vietnamita” (¿está bien descrito con “nuestro” ?) con el anuncio de la creación de una cátedra de enseñanza de estudios vietnamitas por el embajador Kenneth T. Young, que presidía las primeras etapas de la guerra norteamericana en los 1950, cuando el régimen Diem llevaba una despiadada campaña de terror y violencia que diezmó prácticamente la resistencia anti-francesa, para finalmente entrañar una reacción que produjo entonces el ataque a gran escala de Estados Unidos en los 1960. Fairbank podía seguramente ver algo obsceno, hasta si eso supera el entendimiento de la mayor parte de sus colegas de Harvard.



la fuerza y la violencia donde eligen ejercerlas <sup>51</sup>. Y la crítica “realista” de la política exterior estadounidense, que señaló las lindes de la controversia respetable hasta que el movimiento estudiantil obligó a que las puertas de la Universidad se abrieran ligeramente, adopta la noción básica de que la política exterior estadounidense está basada en la benevolencia, una benevolencia fuera de lugar, dicen los críticos. En todo el espectro del debate se da por sobreentendido que Estados Unidos, única potencia en la historia moderna, obra a partir de un respeto de principios morales abstractos antes que un cálculo racional de grupos dirigentes interesados por sus intereses materiales.

Hay muchos otros ejemplos. El sistema democrático de control del pensamiento es seductor y vinculante. Cuanto más vivo es el debate, mejor sirve al sistema de propaganda, puesto que los supuestos tácitos, no confesados se implantan con más fuerza. Un espíritu independiente debe intentar alejarse de la doctrina oficial, y de la crítica practicada por sus supuestos opositores, no sólo de las afirmaciones del sistema de propaganda, sino también de los presupuestos tácitos, así como los expresados por partidarios y adversarios. Es una tarea mucho más difícil. Cualquier experto en adoctrinamiento confirmará, sin duda alguna, que es mucho más efectivo contener cualquier pensamiento posible dentro de un marco de presupuestos tácitos antes que tratar de imponer una determinada creencia con cachiporra. Es probable que parte de los éxitos espectaculares del sistema de propaganda estadounidense, donde todo eso ha sido elevado a un gran arte, sea atribuible al método del disenso fingido de la intelectualidad responsable.

Una tarea ulterior del sistema de propaganda es restaurar la fe en nuestro objetivo trascendente. No basta demostrar la maldad de nuestros enemigos y cargarles con la responsabilidad de las atrocidades cometidas en contra de ellos. Es igualmente necesario asentar de nuevo nuestra pureza moral. A este nivel los acontecimientos evolucionaron de una manera casi mítica. No sugiero que estuviese planeado: sino que el sistema de propaganda supo perfectamente adaptarse a las situaciones.

El drama se desarrolló en dos actos: el primer acto puede titularse “catarsis” y el segundo “renacimiento” o “regeneración espiritual”.

En el primer acto el mal es encarnado y exorcizado. Richard Nixon dijo una verdad cuando afirmó que la prensa había montado contra él una campaña de mala fe, pero no acertó comprender el papel que le tocó desempeñar en el drama en curso. De hecho, los cargos contra Nixon apuntaban a su conducta no muy alejada de la normal, si bien falló por elegir a sus víctimas entre los poderosos, una desviación significativa de cara a la práctica establecida <sup>52</sup>. Nunca se le imputó los graves delitos de su administración: el “*bombardeo secreto*” de Camboya, por ejemplo. El hecho fue planteado es verdad, pero por el ocultamiento del bombardeo, no por bombardear, lo que era considerado como delictuoso. De nuevo ese crucial presupuesto tácito: EE UU, en su majestad, tiene el derecho de bombardear a una población campesina indefensa, pero es malo no informar al Congreso sobre este asunto. El secreto aplicado al bombardeo fue de veras notable. Un oficial superior del ejército que

---

<sup>51</sup> Los ejemplos presentados más a menudo para defender esta visión son los de la guerra de Vietnam y del Watergate. Ambos demuestran lo contrario, así como la actitud habitual de los medios sobre otros eventos, a pesar de excepciones ocasionales. Para más documentación, ver *Towards a new Cold War*, capítulos 3, 4 y 13 y las fuentes indicadas. Una institución muy citada a propósito de la prensa que haría oposición es Freedom House que publicó un estudio en 2 volúmenes de Peter Braestrup (uno de análisis, otro de documentación) para demostrar que de acuerdo a los criterios de Freedom House la prensa era demasiado crítica de la guerra de Norteamérica en Vietnam, lo que contribuía al fracaso de Estados Unidos para cumplir sus nobles objetivos (por definición). Ver Peter Braestrup *Big story: how the American Press and Television reported and interpreted the crisis of Tet 1968 in Vietnam and Washington*, 2 vol. Boulder, Colorado, Westview Press, 1977, Publicado en colaboración con Freedom House. El estudio de Braestrup impresionó a muchos comentaristas que lo describen como “conciencioso” y “muy completo” (Edwin Diamond en el *New York Times*); con su “cuidado infinito de la exactitud”, constituye “uno de los elementos más importantes de los informes de encuesta y estudios universitarios de primera clase del último cuarto de siglo” y podría provocar una encuesta sobre la prensa en el Congreso (John P. Roche en el *Washington Post*). Ver también *Towards a new Cold War*, p. 394 n° 173.

<sup>52</sup> Ver *Towards a new Cold War*, p. 405 n° 7.

estuvo envuelto en los preparativos de esa “*incursión*” en Camboya en abril de 1970, me informó personalmente que incluso a los altos mandos les fue negado el acceso a las fotos hechas en los vuelos de reconocimiento del contra espionaje, aparentemente porque el gobierno no quería revelar a esos oficiales la devastación obra de los bombardeos en el país que pronto iban a pisar. Pero toda forma de crítica al gobierno Nixon en este plano permanece en los límites tolerados en un debate táctico.

Podríamos preguntar, de pasada, en qué sentido el bombardeo era “*secreto*”. En realidad, era secreto porque la prensa se negó a exponerlo. Igual que en los anteriores bombardeos del Norte de Laos, el ataque norteamericano contra la neutral Camboya habría debido ser conocido por la prensa. Pocos días después del “*bombardeo secreto*” de Nixon-Kissinger, el príncipe Sihanuk -cuyo gobierno estaba reconocido por EE UU- convocó a la prensa internacional para denunciar los ataques estadounidenses contra aldeas pacíficas y el asesinato de campesinos indefensos. No hubo protestas públicas, porque la prensa se dedicó al silencio, como exactamente unos años antes, cuando los campesinos del norte de Laos fueron bombardeados sin piedad a centenares de millas de las zonas de combate más próximas o incluso de las rutas de acceso. Sólo años después, una vez declarada la caza contra el presidente Nixon, tuvo la prensa el coraje de acusarle de haber impuesto el velo del secreto sobre esas crueldades -que pocas veces se reconocen como tales, porque aún ahora [1977] la prensa prefiere creer que los ataques estaban dirigidos contra objetivos militares del norte del Vietnam y del Viet Kong<sup>53</sup>.

De ésta y de otras maneras se puso fin al primer acto con éxito, y el mal identificado y localizado fue borrado. Y el telón volvió a levantarse para el segundo acto: “*Renacimiento*”, el descubrimiento de los Derechos Humanos, nuestro nuevo objetivo trascendente. Como lo explicaba Arthur Schlesinger en el *Wall Street Journal*: “*De hecho, los derechos humanos vienen a sustituir el derecho de autodeterminación en tanto que valor guía de la política exterior estadounidense*”<sup>54</sup>.

En el sentido perverso, tiene razón. O sea así como la extensión exacta de la autodeterminación fue en el pasado un valor guía -la era de Nicaragua y Cuba, Guatemala e Irán, Vietnam y Laos con Camboya, la República Dominicana y Chile-, para exactamente lo mismo, los derechos humanos serán nuestro valor guía mañana. El solo hecho de que semejantes sentimientos puedan expresarse con seriedad y ser acogidos con respeto es una significativa indicación de la degeneración moral e intelectual que acompaña el triunfo del impresionante sistema de propaganda.

Hay muchas otras cosas que decir de esas hazañas y ni siquiera he hecho mención de las analogías dentro del país, que son necesarios para completar la historia. Pero creo que es justo reconocer que el clero secular, confiando en el método del disenso fingido -característica del sistema de propaganda democrático- ha logrado muy ampliamente destruir, tan sólo en unos pocos años, la

---

<sup>53</sup> Para detalles, ver *The Political Economy of Human Rights*, vol. 2 pp. 288-289; para Laos *Towards a new Cold War*, capítulo 5 et 6. A.J. Langguth, ex responsable del *New York Times* en Saigón (donde, además, hizo reportajes excepcionales) presenta una defensa de la incapacidad del *New York Times* para relatar los bombardeos salvajes de la sociedad campesina del Norte de Laos en reseña de “*The Political Economy of Human Rights*” en la *Nation* (16-2-1981). Allí afirma que esa acusación es falsa porque el *Times* citó en efecto los bombardeos de la pista Ho Chi Minh en el Sur de Laos. Y concluye que el *Times* busca provecho con la venta de la información, y no en suprimirla. No obstante ese ejemplo ilustra muy precisamente el verdadero compromiso del *Times*. Los bombardeos del Norte de Laos y su carácter salvaje ya no se ponían en duda tras los reportajes de testigo presencial del corresponsal del *Monde* en el Sur Este asiático Jacques Decornoy, que llamó varias veces la atención de la redacción del *Times* y otras publicaciones, que se negaron también a publicar esos hechos. Es perfectamente exacto que el *Times* mencionó bombardeos en el Sur de Laos. Ese último hecho: una extensión de la guerra de Vietnam era tolerable para el sistema de la propaganda que partía de la hipótesis generalmente aceptada que la intervención de UU EE en Sur Vietnam era legítima, y en ese caso los bombardeos de pistas de abastecimiento del enemigo eran también aceptables y legítimas. Mas los bombardeos del Norte de Laos eran mucho más difíciles de admitir para el sistema, puesto que no tenían -como lo reconoció el gobierno- una relación esencial con la guerra en el Sur Vietnam (o en Camboya) e implicaban la destrucción de una sociedad campesina indefensa con medios extraordinariamente brutales. La diferencia de tratamiento en la prensa es muy reveladora.

<sup>54</sup> Reeditado en *Boston Globe*,” 13-3-1977.

documentación histórica y sustituirla con una historia más amena, trasladando la responsabilidad moral a las víctimas, reduciendo las “lecciones” de la guerra a categorías socialmente neutrales de equivocación, ignorancia y costes, con la reconstrucción de una doctrina adaptada a la misión civilizadora de occidente, con Estados Unidos a la cabeza.

Para apreciar plenamente el alcance de estas realizaciones, podemos aplicar un sencillo *Gedankenexperiment* [experimento mental] con las directrices ya sugeridas. Supongamos que la segunda guerra mundial hubiese concluido con una paralización de los frentes, con los nazis expulsados de Francia y Países Bajos, pero conservando un fuerte poder mundial, intacto entre las ruinas. Imaginemos que un grupo de intelectuales disidentes hubiera emergido con críticas a Hitler por sus errores de lanzarse en una guerra con dos frentes, por destruir una fuente valiosa de fuerzas laborales en los campos de la muerte, por reaccionar con demasiada brutalidad a las insostenibles cargas impuestas a Alemania en Versalles, etc. ¿Cómo habrían reinterpretado la situación actual? Acaso como viene a continuación.

Primero explicarían que la necesidad histórica de restaurar el poder alemán, invocando acaso la teoría de Martin Heidegger de que sólo Alemania puede defender los valores clásicos de la civilización humanista contra los bárbaros del Este y del Oeste, por no hablar de las hordas de Asia y África. A continuación abordarían la situación de la Europa que llamarían “ocupada”; o sea, Francia, calma y en paz hasta la invasión anglo estadounidense de 1944, con la complicidad de terroristas comunistas del interior, y ahora bajo ocupación norteamericana. Acuérdense de que Eisenhower tenía el “*poder supremo*” y la “*determinación última de dónde, cuándo y cómo la administración civil... será ejercida por ciudadanos franceses*” de acuerdo a una directiva de Roosevelt, redactada con el beneplácito de Churchill<sup>55</sup>. Esos intelectuales habrían observado con horror que antes y durante esa ocupación, los terroristas de la resistencia habían perpetrado una gran matanza de colaboradores, un número mínimo de treinta a cuarenta mil asesinatos en pocos meses, según una estimación del historiógrafo francés de la resistencia, Robert Aron, basado en informes detallados de la gendarmería francesa; y no menos que siete millones de muertos en los minuciosos estudios de Pleyber-Grandjean, a quien Aron califica de “*víctima él mismo de la Liberación*”<sup>56</sup>. Horrorizados por esos monstruosos eventos, los disidentes alemanes habrían llegado inclusive a una consideración no muy diferente del juicio del redactor en jefe del *New Republic*, que explicaba recientemente que “*el fiasco estadounidense [en Indochina] será conocido en la historia como uno de los peores crímenes nacionales*” (11 de junio de 1977). No es lo que hizo EE UU, sino su error en persistir, lo que es criminal. De modo comparable, la incapacidad de resistir a la invasión angloamericana -invasión extranjera de fuera, no una sublevación interior<sup>57</sup>- se verá en la historia como uno de los peores crímenes, atestado por millones de víctimas indefensas; podemos asumir que el cuento de los “*siete millones de víctimas*”, se habría mantenido en los ámbitos de la influencia nazi. Siguiendo el mismo

---

<sup>55</sup> Ver John Erman *History of the second World War, Grand Strategy*, vol. 5, Londres, Her Majesty's Stationery Office, 1956.

<sup>56</sup> Robert Aron *France Reborn: the history of the Liberation*, New York, Scribner's, 1964. Para una discusión más amplia, ver *The Economy of Human Rights*, vol 2, capítulo 2.

<sup>57</sup> Robert Paxton, en un estudio de la Francia de Vichy, concluye que hubo probablemente casi “tantos franceses que participaban en 1943-44 en la represión del “desorden” como los hubo en la resistencia activa.” Antes, Vichy había intentado con vigor llegar a ser miembro de la creación del Orden Nuevo de Hitler, aunque fuera continuamente repelido (Paxton observa que “Vichy era más la creación de expertos y profesionales que de cualquier otro grupo social, y juzgar Vichy, era juzgar las élites francesas”). Estima que la Resistencia en su apogeo “por lo menos como fue reconocido oficialmente tras la guerra”, envolvía aproximadamente un 2 % de la población adulta francesa, y que sin duda el 10 % aceptaba leer publicaciones de la Resistencia. Los nazis estaban satisfechos de la negativa francesa de hacer resistencia. Por ejemplo, después del fracaso del desembarco canadiense en Dieppe, Alemania liberó a todos los ciudadanos de Dieppe presos en campos de soldados “en reconocimiento por el no alzamiento de la ciudad a favor de los canadienses”. Es indudable que la prensa nazi exultó con esta demostración de la carencia de respaldo popular a la “France Libre” de De Gaulle, simple títere de los agresores anglo norteamericanos. El lector puede encontrar otras analogías, Robert Paxton *Vichy France*, New York, Knopf, 1972.

hilo, esos analistas considerarían con espanto los sufrimientos terribles de la población de Francia e Inglaterra –para no hablar de Rusia- durante el duro invierno de 1946-1947, con el estancamiento de la producción y EE UU negándose incluso a conceder un empréstito, excepto con la condición de reducir Gran Bretaña al vasallaje norteamericano, mientras que las atrocidades masivas en Grecia, supervisadas por las fuerzas conquistadoras, habrían motivado su rabia. Quizás, por ser personas con sentido moral, se habrían opuesto a la conmemoración de los acontecimientos en Auschwitz por indecente, como algunos estadounidenses protestan débilmente ante la conmemoración del bombardeo de Hiroshima, por el piloto del Enola Gay, por ejemplo, en octubre de 1977, durante una fiesta aérea en Texas, delante de un público de veinte mil espectadores entusiastas <sup>58</sup>.

Lo que en los últimos años hemos vivido en Estados Unidos y en el Occidente, es en cierto modo una siniestra parodia, en el mundo real, de esta inventada pesadilla. Parodia representada con poca protesta organizada, -una prueba más de la eficacia de las instituciones de propaganda e ideología y de la notable entrega de amplios segmentos de la intelectualidad al poder establecido, incluso cuando ocasionalmente combaten sus excesos <sup>59</sup>.

Mencioné antes que los grupos dirigentes del Primer Mundo industrial capitalista necesitan un sistema de pensamiento que justifique su dominio. El conflicto “norte-sur” no se aplacará y habrá que inventar nuevas formas de dominación para garantizar que las capas privilegiadas de la sociedad industrial occidental sigan manteniendo un control sustancial de los recursos globales, humanos como materiales, con las ganancias desproporcionadas de dicho control. Por tanto no es sorprendente que la reconstitución de la ideología en EE UU encuentre un eco en todo el mundo industrial, a veces en lugares peregrinos. Para citar sólo un ejemplo menor, el excepcional corresponsal del *Manchester Guardian* Martin Woollacott expresa su espanto y asombro que los marxistas camboyanos que estudiaron en París nunca asimilaron el “*humanismo esencial de la vida y del pensamiento francés*” <sup>60</sup>. Cómo se mostró dicho “*humanismo*” en Indochina bajo la dominación francesa, no lo tengo que discutir, quienes estén interesados pueden acudir al cautivante estudio de Ngo Vinh-long <sup>61</sup>. Tampoco hace falta hablar del humanitarismo del imperialismo occidental en otras partes, o del humanismo de la civilización europea misma que culminó en dos carnicerías masivas. Ya aludí al humanismo de ese París en que esos marxistas camboyanos estudiaron cuando la segunda guerra mundial terminó en un baño de sangre. Y yo habría podido proseguir con el humanismo unos años antes, cuando las autoridades francesas apresaban a judíos para mandarlos a campos de la

---

<sup>58</sup> *Boston Globe*, 19-10-1977. Japón había condenado esta reconstitución como de mal gusto y ofensa para el pueblo japonés”, el año pero sin resultado.

<sup>59</sup> Para una discusión más profundizada, ver *The Political Economy of Human Rights*.

<sup>60</sup> Martin Woollacott *Manchester Guardian Weekly*, 18-9-1977; extractos en el *Boston Globe*, 2-10-1977.

<sup>61</sup> Ngo Vinh Long *Before the Revolution: the Vietnamese under the French*, Cambridge, Mass., Mit Press, 1973; ver igualmente del mismo autor *Peasant Revolutionary Struggles in Vietnam in the 1930's*, Harvard University, tesis de filosofía (mayo de 1978). Para los “sentimientos humanos en Camboya, ver por ejemplo los comentarios de Milton Osborne *Before Kampuchea: preludes to tragedy*, Londres, Allen & Unwin, 1979: “de un modo que, lo pienso, supera las actitudes adoptadas por los británicos en Indias o en Malasia, para tomar únicamente dos ejemplos “anglosajones”; los franceses consideraban que no sólo dominaban sino que poseían Indochina. Era su bien y les permitía tener la visión perspicaz que su presencia como colonizadores era esencialmente por su propio provecho. [...] A fines del siglo XIX y a inicios del XX, los funcionarios franceses daban por bueno proseguir la política que para ellos provocaría la extinción de la identidad nacional camboyana, dada la inmigración vietnamita a Camboya. Este mismo enfoque autorizaba a los observadores franceses – imbuidos del pensamiento cartesiano y supuestos conocedores de la civilización de Angkor - abandonar a los camboyanos como fuerza con que se podía contar, al final de una historia que les había conducido a sentirse esclavos. ” Los documentos de la dominación francesa reflejan de manera exacta esa visión sobre sus víctimas.

Para un punto de vista interesante sobre las actitudes francesas racistas para con los “insostenibles anamitas”, en particular del delegado de De Gaulle Jean Sainteny, en el periodo del principio de la posguerra, ver Archimedes L.A. Patti *Why Viet Nam? Prelude to America's Albatross*, Berkeley University of California Press, 1980.

muerte <sup>62</sup>. Pero, es una necesidad absoluta para el sistema ideológico occidental que se establezca un amplio foso entre el Occidente civilizado, con su tradicional empeño por la dignidad, la libertad y la autodeterminación humanas, y la bárbara brutalidad de quienes por alguna razón -a lo mejor genes defectuosos- no saben apreciar la profundidad de ese empeño histórico, tan conmovedoramente revelado, por ejemplo, en las guerras de Estados Unidos en Asia.

Hace más de veinte años se publicó un curioso estudio de la economía política de Estados Unidos en su política extranjera, publicado por un grupo patrocinado por la *National Planning Association* y la *Woodrow Wilson Foundation* <sup>63</sup>. Observaron, con precisión, que el mayor peligro del comunismo consiste en la transformación económica de las potencias comunistas, “*por vías que van reduciendo su voluntad y capacidad de complementar las economías industriales occidentales*”. El reconocimiento de esta amenaza inspiró la intervención estadounidense contrarrevolucionaria en el Tercer Mundo, si bien el fantasma de una agresión rusa o china en la Europa occidental, en Asia, en el Oriente Medio, en África y en América latina fue agitado ante la gente como una amenaza más aceptable. El problema persiste y seguirá provocando el antagonismo de Occidente contra el desarrollo independiente que a menudo es dirigido por un estado con dirección socialista que sigue el modelo de burocracia roja de Bakunin. En una era de carencias materiales crecientes y de

---

<sup>62</sup> Según Paxton, *o.c.*, Louis Darquier de Pellepoix, sin duda el antisemita más virulento del periodo entre las dos guerras mundiales, fue nombrado Comisario en Asuntos judíos de 1942 a 1944. Mientras tanto, el presidente Roosevelt aprobó los acuerdos del general Eisenhower con el almirante Jean Darlan, que tuvieron lugar en Argel durante la invasión norteamericana de África del Norte, para desembocar en el reconocimiento de Darlan como jefe del gobierno francés de África del Norte.

Stephen Ambrose apunta que “Darlan era encarnizadamente anti británico, autor de las leyes antisemitas de Vichy y partidario de la colaboración. [...] El resultado fue que en su primera empresa de política extranjera durante la segunda guerra mundial, Estados Unidos dieron su apoyo a un hombre sostenedor de cuanto Roosevelt y Churchill habían condenado en la Carta atlántica. Al igual que Goering o Goebbels, Darlan era la antítesis de los principios por los que los aliados afirmaban luchar. [...] (En la África del Norte francesa después durante la “liberación”) los judíos estaban todavía perseguidos y no podían ejercer sus profesiones, ir a la escuela o tener bienes; los árabes continuaban siendo apaleados y explotados, los generales franceses que habían cooperado con los nazis y combatido a los norteamericanos vivían espléndidamente en medio de la miseria que les rodeaba.” Stephen E. Ambrose *Rise to Globalism*, vol. 8 de “Pelican History of the United States (Baltimore, Penguin, 1971).

Era, dicho de paso, típico de la conducta de las fuerzas conquistadoras anglo-norteamericanas cuando lo consideraban necesario para restablecer el orden social deseado y destruir las fuerzas populares que habían resistido el fascismo. Por ejemplo, en Italia, Estados Unidos reflataron inmediatamente el régimen fascista en 1943. En Grecia, los británicos invadieron el país tras la evacuación nazi, e impusieron la dominación de las élites monárquicas y colaboradores nazis, y comenzaron un “terror blanco” contra la resistencia anti nazi dirigida por los comunistas. Eso fue continuado por Estados Unidos bajo la égida de la doctrina Truman cuando los británicos resultaron incapaces de proseguir esa tarea (ver *Towards a new Cold War*, capítulo 7). La misma cosa es válida en Asia, donde Estados Unidos respaldó a los colaboradores de los japoneses que declararon la guerra a Estados Unidos en Tailandia. En Filipinas, los norteamericanos reinstalaron la dominación de los colaboradores de los japoneses organizándoles y armándoles para suprimir las organizaciones campesinas anti japonesas. En Indochina, los británicos fueron los primeros en atacar el movimiento nacionalista que cooperó con Estados Unidos durante la guerra, luego fue retomado el trabajo por los franceses, respaldados por Estados Unidos.

Para Europa y Asia, ver Gabriel Kolko *The Politics of War*, New York, Random House, 1968, y Joyce y Gabriel Kolko *The limits of power*, New York, Harper & Row, 1972. Para Tailandia y Filipinas, ver *L'économie politique des Droits de l'homme, o. c.*; y también mi libro “El poder americano y sus nuevos mandarines”, 1969 [Por el importante estudio sobre la visión sesgada de un libro de Jackson sobre la guerra civil española y la reivindicación por Chomsky de la revolución libertaria, no hay edición disponible; pero se tradujo en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, NDT]. Para Filipinas, ver Stephen Rosskamm Shalom *The United States and the Filipinas: a study of Neo-Colonialism*, Philadelphia, ISHI, 1981. Para Indochina, ver Patti *o.c.*, entre otras fuentes.

<sup>63</sup> William Y. Elliot, (presentación) *The Political Economy of American Foreign Policy*, New York, Holt, Rinehart & Winston, 1955. Para una discusión más ahondada de este estudio revelador, ver mi *At war with Asia*, New York, Pantheon books, 1970.

competencia por los recursos, el conflicto “norte-sur” puede llevar a nuevas formas de horrores no imaginados aún, mientras quienes presiden al estancamiento de las economías en las sociedades industriales, incapaces de absorber a una clase trabajadora superflua sin las calificaciones adecuadas, preocupados por la oposición popular al terrorismo internacional que organizan y respaldan, buscarán caminos para cumplir las propuestas de los analistas de la Trilateral sobre cómo imponer la pasividad y el acatamiento a los intereses de algo llamado “democracia”.

Quienes se preocupen por el desempleo de los intelectuales no deben inquietarse demasiado, a mi parecer. En las presentes circunstancias, habrá una considerable demanda y amplias oportunidades para el clero secular.